

Andrew Collins
y Chris Ogilvie-Herald

EL
LEGADO
PERDIDO
DE
TUTANKHAMÓN

EL POLÉMICO
CASO DE
«EL PAPIRO
DEL ÉXODO»

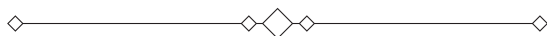


BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



ANDREWS COLLINS
Y CHRIS OGILVIE-HERALD

EL LEGADO
PERDIDO DE
TUTANKHAMÓN



EL POLÉMICO CASO
DE «EL PAPIRO DEL ÉXODO»

 Ediciones
Luciérnaga



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Tutankhamun. The Exodus Conspiracy*
Primera edición en inglés en 2002 a cargo de © Virgin Books
Thames Wharf Studios Rainville Rd. London W6 9HA

© del texto: Andrew Collins y Chris Andrew Ogilvie-Herald, 2002.

© de las fotos de interior: archivo de los autores; Ali Fadhil / Shutterstock; CPA Media Pte Ltd / Alamy / ACI; Heritage; The Griffith Institute; Charbonnier Thierry / Shutterstock; Tkachuk; GraphicaArtis/Hulton / Getty Images; Granger, NYC / Album; AESA; © J Marshall - Tribaley Images / Alamy / ACI; Akg-images / Album; Hulton / Getty Images; Bridgeman Images / Getty Images; Glasshouse Images / Alamy / ACI; AESA; AESA; ACI; Andreas Wolochow / Shutterstock

© de la foto de cubierta: Wael Hamdan / Agefotostock

© de la traducción: Carmen Ruiz Sánchez de León, 2022

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2022

© Edicions 62, S.A, 2022
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-17-9

Depósito legal: B. 5.572-2022

Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Lista de láminas	9
Lista de figuras	11
Agradecimientos	15
Preludio. Secretos en la muerte	19

Primera parte TUTANKHAMÓN

CAPÍTULO 1. El rey ha muerto	27
CAPÍTULO 2. Misterio en el valle	33
CAPÍTULO 3. La cruzada de Carter	45
CAPÍTULO 4. La búsqueda comienza	63
CAPÍTULO 5. La muerte del pájaro dorado	75
CAPÍTULO 6. Apertura extraoficial	91
CAPÍTULO 7. El tesoro de Tutankhamón	111
CAPÍTULO 8. Seis semanas de vida	123

Segunda parte LA MALDICIÓN

CAPÍTULO 9. La maldición de Carnarvon	139
CAPÍTULO 10. Una sentencia de muerte	155
CAPÍTULO 11. La presencia de veneno	169
CAPÍTULO 12. ¡Bloqueado!.	187
CAPÍTULO 13. Ladrones de tumbas	203
CAPÍTULO 14. Un informe escandaloso	223

Tercera parte

MOISÉS

Capítulo 15. La época del Éxodo	241
Capítulo 16. Moisés el egipcio	261
Capítulo 17. Castigo divino	279

Cuarta parte

YAHVÉ

Capítulo 18. En busca de Yahvé.	309
Capítulo 19. La montaña de la luna	331
Capítulo 20. El caso del Alto Lugar del Sacrificio.	345
Capítulo 21. La casa de Dios	371
Capítulo 22. La conquista de Canaán	385

Quinta parte

SIÓN

Capítulo 23. El regreso a Sión	405
Capítulo 24. La espada de Damocles	425
Capítulo 25. El destino del papiro perdido.	449
Apéndice I. La muerte de Tutankhamón	467
Apéndice II. La abstinencia de la carne de cerdo y la veneración a Set	477
Apéndice III. Nombres egipcios entre los levitas.	489
Epílogo.	495
Lista de libros recomendados	497
Bibliografía.	499
Índice onomástico	513
Notas.	531

CAPÍTULO 1

EL REY HA MUERTO

EL VALLE DE LOS REYES, EGIPTO c. 1339 a. C.¹

Era un tiempo de gran tristeza y duelo en toda la tierra de Egipto. Tutankhamón, el faraón-niño, que había reinado en aquel imperio durante tan solo nueve años, había muerto.

En Tebas, la capital del sur, entre escenas de inimaginable dolor, una procesión funeraria serpenteaba a través de los calurosos valles desérticos. Bajo un colorido dosel, el cuerpo momificado del rey era transportado a través del árido terreno sobre un trineo de madera del que tiraban doce hombres de confianza, incluyendo a Pentu y a Usermont, los visires del Alto y del Bajo Egipto, ambos ataviados con sus ropas distintivas de altos oficiales de la administración. Todos lucían bandas funerarias de lino blanco alrededor de sus cabezas.

Detrás del trineo funerario las mujeres lloraban, gemían, tirándose desesperadamente del pelo en un intento de expresar la gran sensación de pérdida que todo Egipto sentía en aquel momento. Entonces llegó la afligida viuda del rey, Ankhesenamón; también los sacerdotes del templo de Amón, amigos personales, cortesanos, oficiales y Ay, el futuro rey. Él iba a atender el funeral como sacerdote *sem*, dispuesto a llevar a cabo los ritos funerarios en honor del soberano, como si fuera la imagen viviente del dios sol Horus. Desempeñando este papel, Ay debería llevar a cabo los rituales de transición que permitirían al faraón llegar al otro mundo, fundiéndose con Osiris como uno solo, padre de Horus, señor del inframundo.

Al final de la procesión funeraria había docenas de hombres con el pecho descubierto, portando cada uno de ellos los objetos que el rey iba a necesitar en la otra vida. Había camas, tronos, carros, armas, juguetes, estatuas de divinidades, cajas y cajas de objetos personales, prendas de lino, comida cocinada, y cientos de *ushebtis*, sirvientes en forma de pequeñas figurillas momiformes, que se ocuparían de hacer cualquier trabajo que el rey tuviese que llevar a cabo en el otro mundo. Todo sería enterrado en las cuatro estancias que formaban la tumba del rey, excavada en la sólida caliza del acantilado del lecho de un río seco, o *wadi*, bajo Meretseger, la omnipresente montaña con forma de pirámide que marcaba el lugar de, al menos, otros treinta enterramientos reales.

EL PROCESO DE EMBALSAMAMIENTO

Habían pasado setenta días desde la muerte del joven rey, que no contaba con más de dieciocho años cuando murió de forma trágica después de un fuerte golpe en la cabeza, probablemente después de caer de un carro (véase Apéndice I - «La muerte de Tutankhamón»). Durante este tiempo de luto nacional su cuerpo había sido lavado y purificado por los embalsamadores reales en *Per-Wabet*, el Lugar de la Purificación, situado probablemente en el templo de Karnak, al norte de la ciudad. Rápidamente habían retirado los tejidos blandos y las vísceras, órganos sagrados que eran extraídos por el costado izquierdo del abdomen. Después, se drenaban los fluidos del cadáver, vertiéndose en una palangana. Tan solo el cerebro, sacado del cráneo usando un gancho introducido por las fosas nasales, era desechado. El resto de los órganos extraídos —el estómago, los riñones, el hígado y los intestinos— eran preservados con la intención de envolverse antes de ser colocados en el interior de cuatro ataúdes uniformes dorados, que a su vez eran depositados en una caja de vasos canopos de calcita situada en una habitación junto al faraón. Solo el corazón se dejaba en su lugar, de manera que el rey pudiese leer los conjuros mágicos al abandonar su tumba.

Una vez que este delicado proceso era completado, el cuerpo se cubría durante treinta y cinco días en un lecho de natrón, un compuesto natural de sodio y sal, que absorbía cualquier fluido restante. Entonces se enviaba a *Per-Nefret*, el Lugar del Embellecimiento, donde era embalsamado con ricos aceites, resinas y especias. Después era cosido, y los sacerdotes ataviados con máscaras en forma de cánidos representando a Anubis, el señor del inframundo con cabeza de chacal y dios del embalsamamiento, envolvían el cuerpo en capas y capas de vendas. Entre estas se depositaban una multitud de amuletos y talismanes protectores, que cobraban vida a través de una serie de palabras mágicas pronunciadas por los sacerdotes oficiantes.

Con el proceso de embalsamamiento y momificación completados, el cuerpo de Tutankhamón estaba listo para su último viaje al Valle de los Reyes. Una diadema dorada con el buitre y la cobra se colocaba en la frente del rey, Nekhbet y Wadjet, protectores de las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto. Una máscara de oro macizo, realizada con los rasgos del faraón, era colocada sobre la cabeza de la momia, mientras que sobre su pecho se depositaban un par de manos doradas que sostenían el cayado y el flagelo del rey.

¡VUELVE A LA VIDA ETERNAMENTE!

Cuando la procesión fúnebre hacía un alto frente a la tumba designada, una larga fila de oficiales de la corte junto a sus sirvientes comenzó a llenar todas las habitaciones con los enseres. Al mismo tiempo se ponían en marcha los preparativos para llevar a cabo el último ritual con el que se permitía que el alma del rey trascendiera de su forma terrenal a la de un *akh*, o «espíritu glorioso». Esto solo tendría lugar tan pronto como hubiera completado el peligroso viaje a través del extraño mundo conocido como el *amduat*, o el inframundo, en el cual se encontraría con aterradores monstruos y serpientes y se sometería a una serie de juicios y vicisitudes. Si conseguía superarlo, el faraón fallecido podría

abandonar el inframundo a través de una puerta en el horizonte oriental, y en el crepúsculo del alba renacer entre las estrellas circumpolares que rodeaban a la estrella polar, el eje del universo celestial.

El ritual, conocido como Apertura de la Boca, requería la participación de doce sacerdotes y oficiales, y era dirigido, tradicionalmente, por el rey sucesor, en este caso Ay. Cuando todo estuvo listo, los sacerdotes colocaron incensarios delimitando una zona sagrada alrededor de la capilla dorada que guardaba el sarcófago real. Otros tomaron agua con cuatro vasos, esparciéndola a los cuatro puntos cardinales. Entonces comenzaba una invocación a los dioses, y el sacrificio de varios animales en honor de Horus triunfante sobre el dios Set, asesino de su padre Osiris. Estos incluían dos bueyes, uno del norte y otro del sur, además de patos y gacelas. De uno de los bueyes se cortaba una pata y se le extraía el corazón para ser ofrecidos a la momia, mientras que el resto de las ofrendas servirían de alimento al faraón en la otra vida.²

Ay entonces tomaba un instrumento ritual en forma de azuela, fabricado con madera o hierro meteórico, y con su extremo curvo tocaba la nariz del rey, ojos, oídos, boca, manos, genitales y pies con la intención de dotarlos de magia a cada uno de ellos. Una vez hecho esto, se pronunciaban palabras y conjuros del ritual de la Apertura de la Boca en el nombre de Anubis y Horus, finalizando con las palabras: «¡Vuelve a la vida eternamente!».³

Por fin, el entierro podía llevarse a cabo.

La momia del rey era llevada por unos porteadores con todo cuidado desde el trineo, bajando la escalera que se hundía en la montaña en dirección al corredor de entrada de la tumba. A continuación, se encontraba la antecámara y a su derecha la cámara funeraria y la cámara del tesoro, donde la caja de calcita que contenía los vasos canopos con las vísceras había sido colocada dentro de una capilla dorada. Alrededor se habían dispuesto estatuas con láminas de oro de las cuatro diosas tutelares de la muerte, Neith, Selkis, Isis y Neftis. Entre la capilla y la entrada, se dejaron en esta sala otros dos objetos protectores, el primero

una cabeza de madera de una vaca representando a la diosa Hathor. El otro una estatua negra de madera de Anubis en su forma de chacal.

En la cámara funeraria las paredes habían sido decoradas con escenas destinadas a ayudar al alma del rey a entrar en el Más Allá, mientras que en el centro de la estancia había un gran sarcófago de cuarcita amarilla. En el interior había una serie de ataúdes dorados con forma antropomorfa, uno dentro del otro, como si se tratase de una muñeca rusa gigante. Las tapas momiformes recreaban el semblante del faraón en su forma de Osiris. De una en una, las tapas descendieron para ocupar su espacio correspondiente en la cubeta de los ataúdes. Mientras esto sucedía los que estaban presentes, incluyendo quizá a la viuda del rey, colocaban guirnaldas de flores en la frente y el pecho de cada una de las imágenes vivientes del faraón, al tiempo que se vertían aceites y resinas sobre los ataúdes. Una vez que las tapas se aseguraron con espigas de oro o plata, se tendió un fino sudario de lino sobre el sarcófago exterior.

Con una lenta maniobra se colocó en su posición la enorme tapa de granito rojo, de manera que el lugar de reposo del rey quedaba sellado para siempre. Sin embargo, mientras esto tenía lugar llegó el desastre. Al bajar demasiado rápido la tapa esta se partió en dos, un mal presagio, si es que alguna vez hubo alguno. Como nadie era capaz de hacer nada para solucionar este contratiempo, las dos piezas, simplemente, se pusieron en su sitio y la grieta se rellenó con un mortero de yeso. De forma apresurada, los carpinteros comenzaron con su labor de ensamblar una serie de cuatro «casetas» prefabricadas, o capillas doradas, cada una un poco mayor que la anterior, colocadas alrededor del sarcófago. En el suelo, entre ellas y alrededor del sarcófago exterior, se dispusieron una serie de objetos mágicos necesarios para el faraón durante su peligroso viaje por el inframundo. Los pomos de cada una de las puertas de las capillas fueron atados con cuerda de cáñamo y sus nudos estampados con el sello de la necrópolis real —el dios Anubis en su forma de chacal sentado sobre nueve enemigos atados.

Una vez completado su trabajo en la cámara funeraria, los sacerdotes colocaron y activaron dos estatuas negras y doradas de tamaño real de dos centinelas, sosteniendo en una de sus manos una maza y en la otra un báculo. Como representaciones del *ka*, o alma, fueron situadas en la entrada de la cámara funeraria a modo de guardianes del último lugar de descanso del rey.

De forma gradual, los asistentes que habían presenciado el sepelio se fueron retirando, dejando solos a la viuda y a los amigos para degustar de un banquete funerario en el que comieron una pequeña porción de las ofrendas procedentes de la ceremonia de la Apertura de la Boca.

Cuando todo había concluido en las cuatro cámaras, el acceso a la cámara funeraria fue sellado usando mampostería, enluciendo con mortero y estampando los sellos de Tutankhamón y de la necrópolis real. Por fin el rey podía descansar en paz. Solo los soldados de la necrópolis guardaban su última morada.

Los años pasaron y, a pesar de dos intentos de robar el oro y los preciosos objetos que el lugar contenía por parte de los ladrones de tumbas durante los reinados de Ay o de su sucesor Horemheb, los restos mortales de Tutankhamón permanecieron inviolados. A pesar del mal presagio que representaba la ruptura de la tapa del sarcófago, las cosas parecían favorables en el destino del joven rey. Muy pronto la localización de sus restos mortales fue olvidada, y alrededor de doscientos años después de su entierro, una tumba mucho más grande realizada para el faraón Ramsés VI fue excavada en la roca, directamente encima de la de Tutankhamón. Los trabajadores implicados en esta construcción situaron sus cabañas encima de la entrada sellada de la pequeña tumba, confundiendo los posibles intentos de los ladrones de descubrirla en tiempos más modernos. De esa manera el faraón-niño permaneció sin ser molestado durante un millón de puestas de sol, forjando para siempre su inmortalidad. Hasta que un día, un caballero inglés llamado Howard Carter comenzó a excavar en el Valle de los Reyes.